



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

Frente a la punta brava de Boquerón

Septiembre, 1932

¡Ah la Punta Brava de Boquerón en septiembre de 1932! ¡La Punta Brava tenía bien merecida fama de bravura! Lo más temible de la Punta Brava consistía en un reforzado nido de ametralladoras, con dos pesadas y dos livianas entre bolsas de arena y otras dos pesadas y dos livianas encima de las ya indicadas. Imaginen ustedes la potencia de fuego a ras de tierra de este bastión en el desierto. Y quien mandaba en el baluarte, el subteniente Inofuentes, era un bravo de verdad. Sus hombres, veteranos de dos años en el Chaco, muy bien entrenados, manejaban los ocho tubos mortíferos con fría y devastadora eficacia.

El nombre de pila del jefe de la Punta Brava era -y espero siga siendo- Clemente. Clemente Inofuentes. El nombre rimaba con el apellido, como si él, el bravo entre los bravos de la Punta Brava y de todo Boquerón, fuese una *in-nocua* («que no hace daño»), una *in-ofensiva* fuente de aguas puras de clemencia. Pero los bravos verdaderos, los magnánimos de verdad, son clementes. Y el bravo de la Punta Brava era -lo verán ustedes-, clemente.

Frente a la Punta Brava se extendía un descampado, un ideal campo de tiro. Por ese descampado atacó a Boquerón nuestro regimiento, el Regimiento 1 de Infantería «2 de Mayo». ¡Qué ataque aquel y qué fulminante el fuego de la Punta Brava contra [\[185\]](#)

quienes osaban desafiarla! El primer batallón fue aniquilado; lo mismo, el tercer batallón.

Tenía yo, al comenzar el ataque, más de cincuenta hombres a mi mando; al terminar, - mejor dicho, al fracasar el ataque-, solamente me quedaban once. Estábamos ya cerca de la Punta Brava cuando a la hora del asalto corrimos hacia ella; sus detonaciones nos ensordecieron. Veíamos las llamas salir de los tubos negros y sentíamos el aire en torno llenarse de plomo encapsulado en acero. Yo vi el destrozo del primer batallón al aproximarse a aquel muro de hierro que lanzaba llamas como de volcán. Yo vi caer a mis hombres fulminados. Y yo caí también, disfrazado de tropa como estaba y empuñando, como mis hombres, un fusil. Clemente Inofuentes tenía ojos de águila. El me vio caer desde su casamata de quebracho y arena endurecida por la presión de la lona; él me vio tras mi caída, revolcándome en el polvo, a través de las malezas ralas que mimetizaban su nido invulnerable.

Yo, tendido en tierra, sentía un fuerte dolor en la pierna derecha, a unos centímetros encima de la rodilla. El teniente Zotti ya había caído, entre los primeros, no lejos de mí. Zotti, oficial valentísimo, creyó ser inmune a la tormenta de fuego que se precipitaba sobre nosotros. Él llevaba un gran sombrero negro y una capa negra como un doble desafío. En los primeros minutos el fuego lo respetó a pesar de ser un blanco tan ostensiblemente negro; él siguió corriendo hacia la metralla a cuerpo gentil, pistola en mano, el gran sombrero y la capa desafiantes en el furioso viento preñado de puntiagudos, de calientes, de silbantes dardos de metal. Gritó Zotti al caer y yo oí sus gritos:

-¡Camillero! ¡Camillero! ¡Camillero! [186]

Nadie podía socorrerlo. Una móvil, una vibrante, una rasante, una invisible cuchilla cortaba todo el campo con un filo que corría, veloz de izquierda a derecha, de derecha a izquierda buscando la carne blanda crispada de horror, y buscando los huesos quebradizos para hacer de una y otros, una pasta palpitante color rojo.

Yo, tendido en el polvo soliviantado, primero con las manos de uñas rotas y después con la cuchara de estaño, trataba de alzar frente a mí una absurda defensa para mi cuerpo ya ensangrentado: me había palpado la herida con las dos manos y me había sacado de ellas la sangre sobre el pecho, sobre el vientre. Pensé que para no desangrarme debía vendar la chorreante herida. Me saqué la camisa de tropa que me servía de guerrera. Y aferrándola con los dientes y tirándola con las manos a derecha e izquierda, logré rasgarla y convertirla en vendas. Al hacer esto, me ponía en mayor evidencia; pero debía hacerlo. Me vendé la herida a justo tiempo. El fuego arreciaba; sin embargo, tenía yo conciencia de que, como deliberadamente, me evitaba; no venía derecho, rasante, hacia mí, sino que pasaba, diré, de largo, dejándome en el centro de un espacio sin muerte.

Entonces yo era un hombre joven y fuerte, no este viejo casi octogenario que tienen ustedes delante. Pues bien, me vendé la pierna con la mayor fuerza de que fui capaz para que la venda no sólo contuviese el chorro que manaba sobre la rodilla, sino también parte del flujo interno de la sangre que bajaba hasta mis pies. Esto yo creía ser posible.

Y yo pensaba que, milagrosamente, el sitio en que estaba yo tendido no era blanco de los infinitos disparos que, durante horas, ensordecieron el campo. Vino por fin la noche y con la noche [187] pudieron venir los camilleros. Me llevaron a retaguardia. Esto último yo no recuerdo cómo fue. Yo iba desmayado en una camilla.

Boquerón cayó aquel inolvidable 29 de setiembre. ¡Aquel setiembre, tan poco primaveral para sitiados y sitiadores! No pude ser testigo del regocijo de la primera, de la decisiva victoria: decisiva por su significado moral para uno y otro bando.

Días después, no sé cuántos, me llevaron a Puerto Casado y allí abordé el Cañonero *Paraguay*. El barco gris, como todos los barcos de guerra, apuntaba sus cañones hacia arriba, listos para repeler un ataque aéreo. Un amigo mío, el teniente Jesús Blanco Sánchez, oficial de Marina, segundo de a bordo, me ofreció una litera de su camarote. Yo elegí la de abajo y, al tenderme boca arriba sobre aquel lecho angosto y duro me sentí feliz, con ganas de vivir. Horas después partiríamos para Asunción.

El Dr. Alberto Torrico vino a hacerme una prolija cura. El Dr. Torrico era un prisionero boliviano caído en Boquerón. El me contó mientras lavaba mi herida con un líquido ardiente, que en el Cañonero *Paraguay*, allá sobre cubierta, viajaba prisionera la flor y nata de la guarnición de Boquerón. El vendaje resultó excelente. Y esto hacía posible una renquera sin consecuencias peligrosas. Ni el fémur ni otros huesos -no recuerdo sus nombres- habían sido tocados por el proyectil.

-Doctor, ¿podré subir a cubierta mañana?

-Sí, sin ningún peligro -me aseguró el médico. [188]

Conocí, primero a un teniente joven, hombre culto y afable. Su apellido era Calero. Vestía un sucio uniforme y llevaba esa gorra casi siempre arrugada, de copa aplastada hacia atrás, que los bolivianos usaban.

-¿Quién mandaba en la Punta Brava? -le pregunté apenas iniciado el diálogo.

-El subteniente Inofuentes -me dijo.

-¿Está aquí, a bordo?

-Espere un momento -fue su respuesta-. Voy a buscarlo.

El teniente Calero volvió enseguida acompañado por un mozo de unos veinticuatro, veinticinco años.

-¿Usted es el héroe de la Punta Brava?-, le espeté antes de saludarlo.

Sonrió Inofuentes con una sonrisa complacida, dejando brillar entre sus labios unos dientes blanquísimos.

-Héroe o no héroe yo mandaba allí -dijo.

Entonces yo le conté en pocas palabras mi historia frente a la Punta Brava.

Al callarme yo, Inofuentes, que me había escuchado muy serio, sonrió otra vez: [189]

-¡Yo lo vi caer a usted y después vendarse!, -exclamó-. Tengo, o tenía durante el combate una vista muy buena. Lo vi rasgar su camisa... ¡Ah! -lo interrumpí-.

-Y yo di orden -me atajó-, di orden terminante que lo dejaran tranquilo. Vino la noche y ya no pude ver nada. A la mañana siguiente, ya no estaba más usted en el lugar de la víspera. [190]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario